

La misteriosa desaparición del vidente Radigundis de Bracamonte

Antonio Rodríguez Hernández

C
O
L
E
C
C
I
O
N

Letras de Castilla-La Mancha

editorial



cuarto
centenario

“Así es, dijo Sancho, pero tiene el miedo
muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra,
cuanto más encima en el cielo...”

El Quijote, Miguel de Cervantes Saavedra

Capítulo I

A Jorge le temblaba tanto la mano que el foco de la linterna parecía una luciérnaga inquieta que no dejaba de revolotear, sin detenerse en un punto concreto.

- ¡Pero alumbra de una vez! ¿Quieres?
- Pero si alumbro; lo que pasa es...
- Lo que pasa es que estás cagao de miedo.

Víctor, que parecía no sentir temor alguno, únicamente pretendía coger el pequeño cofre grisáceo que reposaba en lo alto de la estantería, sobre la última balda. Debían tener mucho cuidado, no tanto por el ruido que pudieran hacer como por la posibilidad de que alguien que pasara por la calle o algún vecino de las casas aledañas divisara la tenue luz interior con la que ahora se estaban alumbrando los dos amigos; teniendo en cuenta que todo el mundo sabía que aquella casa deshabitada llevaba cerrada a cal y canto muchos años. Los dos muchachos, al igual que el resto de los del barrio, por más que hurgaban en su sesera intentando evocar alguna imagen en la que apareciese el propietario de la casa o alguno de sus habitantes, no conseguían visualizar ningún rostro conocido. Recordaban que una anciana venía sólo muy de vez en cuando y pasaba como un par de horas dentro. Desde fuera, a través de los cristales, que en pocas ocasiones limpiaba, se la veía trajinar de un lado a

otro, presumiblemente afanada en la tarea de quitar algo de polvo a aquellos muebles y objetos inutilizados. Pero de todo ello también hacía mucho tiempo y los rasgos de la mujer se les habían ido diluyendo en el olvido. ¿Quién podía acordarse ya de ella? Nadie. Con toda seguridad estaría ya muerta.

Víctor había acercado una silla y se había encaramado a ella pero, aun poniéndose de puntillas, aferrado a la estantería con la mano derecha y estirando el otro brazo libre, no conseguía que las yemas de sus dedos rozasen siquiera el ansiado cofre. Así que se bajó de un salto, le quitó la linterna a Jorge y enfocó a su alrededor en busca de algún objeto suplementario que le pudiese ayudar a alcanzar su botín.

Hacía exactamente una semana, el martes anterior al anochecer, que habían entrado por la puerta de atrás, la de la cocina, después de saltar el muro del jardín con el mayor sigilo, sin ser vistos aparentemente por nadie. Tras deambular en la oscuridad recorriendo un largo pasillo, abriendo y cerrando puertas de habitaciones con el aliento contenido y los corazones en vilo, palpitando desbocados por el terror a encontrar dentro quién sabe qué monstruos, espíritus o seres extraños, y que a la postre y para sorpresa de ambos resultaron estar totalmente vacías, llegaron al enorme salón. Era la única pieza amueblada de la casa de cuyo interior algo habían podido atisbar desde fuera, a través de una de las ventanas, por entre la rendija que dejaban unas cortinas que no estaban totalmente corridas. Durante toda la semana habían esperado, nerviosos, que llegara el día para regresar a este mismo escenario donde, además de la estantería abarrotada de libros y coronada por el enigmático cofre, había una mesa grande a juego con un sillón, ambos de madera labrada, con formas que a Jorge se le antojaban, en su caprichosa imaginación, fauces dentadas. Sobre la mesa, enfundada y cubierta de polvo, yacía una máquina de escribir, que ni se molestaron en inspeccionar, papel de escritorio diverso y un juego de tintero y pluma. También, junto al ventanal más centrado, el que daba directamente a la calle, se hallaba un piano de cola con su banqueta. En el lado opuesto al de la librería reposaban, cubiertos con sábanas, un largo sofá y dos sillones, una lámpara de pie que tenía forma de dragón y de cuya lengua pendía una bombilla cubierta de polvo, como todo lo demás, y una mesa baja de forma rectangular sobre la que se veían dos libros

dejados al azar por su lector desde no se sabía cuándo. Uno tenía por título *Ocul-tismo y psiquiatría* y el otro, *Consejos básicos para el vidente novato*.

A Víctor la espera durante la semana se le había hecho angustiosamente larga; parecía no llegar nunca el ansiado momento. En cambio, Jorge, a medida que se sucedían los días y evocaba la imagen del cofre, recordando el misterio y la oscuridad que envolvían aquel salón y toda la casa, no podía evitar que la piel se le pusiera de gallina y sentir como un calambrazo que momentáneamente le erizaba un poco más el indómito remolino que dejaba al descubierto el lado derecho de su frente.

- Ven, ayúdame a acercarla –Víctor agarraba por un lado la enorme mesa de escritorio que había en el centro y ahora le solicitaba su ayuda a Jorge, que seguía temblando de miedo, aunque hasta el momento no habían encontrado motivo para ello, y también preocupado por si alguien los descubría y le iba con el cuento a su padre, que ya andaba con la mosca detrás de la oreja y le había advertido de las funestas consecuencias que podía tener asaltar una propiedad privada.

- Es imposible. ¡Pesa como un mamut! –fue la respuesta de Jorge, al que, ante el infructuoso esfuerzo, se le deslizaban sin querer sus pies hacia atrás, como si estuviera patinando. Pero la mesa no se movía un ápice.

- ¡Qué sabes tú lo que pesa un mamut! ¡Vaya una chuminada! Lo que pasa es que no empujas.

- Vale, no sé lo que pesa un mamut, pero esta mesa no hay quien la arrastre, al menos entre los dos solos.

- Tío, déjate de chorradas y empuja de una vez.

Por un momento la discusión sobre el peso de la mesa les sirvió, especialmente a Jorge, para relajar los nervios. Pero ante la imposibilidad de deslizar la mesa unos cuatro metros hasta la estantería y a falta de algún otro objeto que poder colocar sobre la silla, Jorge creyó oportuno cuestionar la existencia de un tesoro, como creía Víctor, en el interior del cofre.

- ¿Y si no contiene nada valioso? ¿Y si lo único que encontramos dentro es una mano, un ojo o cualquier otro órgano disecado, o vete tú a saber qué? Sabes que hay gente rara que le da por coleccionar estas guarrerías y, si no, fíjate en esa cajita de cristal de la iglesia, la que tiene un dedo reseco y un mechón de pelo de no sé qué santa.

- Eso es un relicario, imbécil. Mi madre tiene uno que era de mi bisabuelo y dentro hay un gurullo de pelo que se cortó mi bisabuela y se lo dio a él cuando se hicieron novios, creo, o cuando se fue a la mili.

- Oye, ¿por qué no lo dejamos para otro día? Entre los dos solos no podemos acercarla hasta la estantería.

- Ya sé. Súbete sobre mis hombros. De pie, agarrándote a las baldas, seguro que llegas.

- ¿Y por qué no al revés? Yo te puedo sujetar –a Jorge la sola idea de ser él quien tocara primero el cofre no le seducía en absoluto, pero Víctor, conociendo la escasa fuerza de su amigo, un larguirucho enclenque, no consentía intercambiar su papel de porteador.

- Además –le propuso Víctor- sólo tienes que agarrarlo por una de las asas. No puede pesar mucho. Con que lo bajes hasta mi altura ya lo puedo alcanzar. ¡Vamos!

Los ojos de ambos se habían acostumbrado ya a la oscuridad y la escasa luz de la calle, que se filtraba por la cortina un poco entreabierto de la ventana, dibujaba con precisión las siluetas de los objetos y, cómo no, también la del cofre; por eso decidieron apagar la linterna. Hacía una noche fría de primeros de abril. Durante el día el sol comenzaba ya a calentar algo, pero al anochecer la temperatura bajaba considerablemente y se volvía muy desagradable. “Afortunadamente no hace viento”, pensaba para sí Jorge, que no podía soportar las escenas de las películas de terror en las que el fuerte viento abría de pronto una ventana, justo en un momento de silencio. Cuando iba al cine con sus amigos

y había alguna escena de miedo, disimulaba cerrando los ojos y agarrándose fuertemente a los brazos de su butaca. Si estaba en su casa, aunque fuera delante de sus padres, cuando intuía que iba a ocurrir algo desagradable, se aferraba a un cojín y se tapaba y destapaba, sin que a veces pudiera evitar ver precisamente lo que no quería, justo en el momento más horrible. A duras penas consiguió encaramarse sobre la espalda de Víctor, que se irguió resuelto en cuanto notó los pies de su amigo sobre sus hombros, pero justo en ese preciso instante se oyó fuera un estridente “miau”, seguido de un bufido, tan fuerte como si se hubiera producido dentro de la habitación, y fue tal el sobresalto de ambos, provocado por el susto, que la torre humana se desbarató por el suelo.

- ¡Mierda!

- ¡Vámonos, Víctor! –Jorge se había puesto en pie y ya estaba junto a la puerta, con los pelos de punta y un pie en el pasillo, dispuesto a no quedarse allí ni un segundo más.

- Sólo ha sido un gato furioso. Venga, sube...

- No. Yo me voy.

- Pues ¡hala! Ahí tienes la puerta, pero ten cuidado porque a lo mejor la del sótano se ha abierto sola –Víctor, de pie nuevamente junto a la estantería, sabía perfectamente que Jorge no sería capaz de atravesar solo el oscuro corredor que lo separaba de la cocina, por cuya puerta habían entrado y por la que tendrían que salir–. ¿A qué esperas? No tenemos toda la noche.

Jorge, resignado y consciente de su cobardía, no tuvo más remedio que claudicar y volver junto a su amigo, menos amedrentado.

- Mira, es una estantería fuerte. Sujétame por las piernas y yo subiré –Víctor empujó hacia dentro unos libros cubiertos de telarañas, dejando hueco suficiente para apoyar los pies y por fin, trepando por las baldas, consiguió tocar con sus dedos el enigmático cofre. Una manta de polvo y telarañas acumuladas durante

años cayó sobre la cara y los cabellos de Jorge, que se deshizo en maldiciones y escupitajos para librarse de aquella repugnante y sucia lluvia.

- Vamos. Cógelo. No pesa mucho –dentro, al inclinar el cofre, ofreciéndoselo a Jorge para que lo agarrara, se oyó un golpe seco, como el producido por un objeto macizo.

En realidad, el color grisáceo del cofre se debía a la cantidad de polvo del que estaba cubierto, pero era negro, como pudieron comprobar enseguida, cuando encendieron de nuevo la linterna para enfocarlo y buscar la cerradura que tenía. Ninguno de los dos apenas podía contener los nervios y, si bien estaban deseosos de averiguar lo que contenía en su interior, por otra parte, titubeaban ante la idea de encontrar algo desagradable.

- Víctor, ¿por qué no lo dejamos aquí mismo y nos vamos? Yo creo que, por el ruido, es una cabeza seca lo que hay dentro.

- ¿Pero qué dices? Una cabeza es redonda y no sonaría así. Además pesaría más.

- ¡Sí, hombre! Después de tanto tiempo será sólo una calavera reseca y descarnada! –se apresuró Jorge a corregir con la pedantería que en él era inevitablemente habitual. No es que rebuscara las palabras más raras adrede. No, ¡qué va! Simplemente que el tiempo que no dedicaba a relacionarse con los demás, porque ni siquiera jugaba al fútbol, y eso entre los compañeros de clase sí que era ya un síntoma de su rareza, se lo pasaba ante el ordenador buscando información sobre los temas más variopintos o leyendo todo lo que caía en sus manos. Hay que reconocer que le sobraba curiosidad.

- ¡A lo mejor conserva la piel y el pelo! ¿Quién sabe? –continuó Víctor, más animado-. Puede que el dueño de la casa la comprara en algún viaje. Ya sabes, a unos... ¿cómo se llaman?

- Jíbaros. Reducen las cabezas de sus enemigos cuando los cogen prisioneros.

- Toma y enfoca bien. Fíjate, sólo tiene un cerrojo y no... ¿Pero qué haces? – Jorge le acababa de dar un manotazo sin darle tiempo a su compañero a abrirlo.

- Todavía estamos a tiempo. No lo hagas, por favor. Mira, hemos llegado hasta aquí, más que cualquier otro. Estoy convencido de que ni siquiera el chulo de Pedro se habría atrevido a entrar –Jorge había cerrado los ojos y vuelto la cabeza en dirección opuesta al cofre. Oía el forcejeo de Víctor intentando descorrer el cerrojo.

- Alúmbrame. No sé por qué no se mueve.

Jorge volvió a encender la linterna y, rehuyendo mirar el cofre de frente, enfocó a las manos de su compañero.

- ¡Joé! ¿Cómo lo iba a abrir, si tiene también un pasador? Ya está. ¡Vamos, mira hacia acá! ¡Lo importante es la sorpresa!

Por fin, Víctor consiguió levantar la tapa. –¡Enfoca, tío! –Tras un breve silencio durante el cual Jorge mantuvo los ojos fuertemente cerrados para evitar cualquier sorpresa desagradable, cediéndole por completo a su compañero la primicia visual del botín, oyó de boca de éste una exclamación de frustrada decepción: –¡Pues vaya mierda! Unos trozos de papel de periódico y una caja maciza. No, no es una caja; parece un libro.

Fue entonces cuando Jorge se decidió a mirar en el interior para reconocer el insulso tesoro. En efecto, Víctor había recogido unos cuantos recortes de periódico, que dejó en el suelo, e inmediatamente echó mano al extraño libro. Según estaba en cuclillas, lo apoyó en su rodilla derecha y, pasándole por encima su mano izquierda a modo de escoba, le quitó gran parte del polvo que cubría la rugosa pasta.

- No es un libro; es un manuscrito y parece muy antiguo –la curiosidad de Jorge pareció despertar de pronto, venciendo el miedo anterior. Lo cogió y, palpándolo con la mano, recorrió la superficie de la envejecida tapa, dibujando

con la yema de los dedos las filigranas plateadas que sobresalían de la apergamina y dura piel-. Mira. Tiene un broche.

- ¡Ábrelo! ¿A qué esperas? –la impaciencia de Víctor, que pareció recobrar el interés tras oír a Jorge, lo impulsó a recuperar el manuscrito, pero cuando lo giró para abrirlo Jorge lo retuvo nuevamente.

- Un momento.

- ¿Y ahora qué?

- Observa, hay una palabra en el canto. ¡Aparta la mano del broche para que ilumine! Pa-limp-ses-to. Parece como si la hubieran grabado con algún punzón candente, porque está quemado. Mira la tizne –pasando un dedo por encima y mostrándosela-. Si fuese un manuscrito antiguo, esta carbonilla habría desaparecido con el uso. ¿No crees?

- Bueno, todos los libros tienen título –a Víctor no le parecía nada raro, salvo que no comprendía el significado de esa palabra que ahora oía por primera vez de boca de su compañero. Pero claro, viniendo de Jorge... Hasta su madre, en más de una ocasión, sin pedirle directamente que le explicara el significado de algún vocablo desconocido, le decía “¿Cómo dices, cariño?” Entonces Jorge, con la mayor naturalidad y utilizando un vocabulario más sencillo, volvía a repetir lo dicho anteriormente.

- No creo que se trate del título. Los palimpsestos eran manuscritos antiguos en los que borraban lo que ya estaba escrito para volver a usarlos otra vez.

- ¡Pues vaya una tontería! No entiendo por qué no utilizaban uno nuevo.

- Sí. ¡A ver si te crees tú que los hacían como churros! ¿No ves que la cubierta y todas las hojas están hechas de piel? Son de pergamino y eran muy caros –Jorge podía hacer alarde ahora de sus conocimientos; no en vano era uno de los empollones de la clase y, en cuestiones de informática, era en verdad todo

un portento, estaba hecho un verdadero *hacker*. Hasta se encontraba mucho más tranquilo y sentía ya curiosidad por abrir el botín conseguido. Parecía como si se hubieran invertido las tornas, pues Víctor, poco dado al estudio y acérrimo enemigo de la lectura, ya no mostraba tanto entusiasmo.

- ¡Pues vaya una mierda! Para esto tanto secretismo y tanto cuidado, no fuera a sospechar Inma lo que tramábamos. ¡Menudo tesoro! ¡Puaf, un libro gordo y viejo! –se lamentaba Víctor, defraudado, con un gesto de total indiferencia.

- Trae para acá, anda. Toma la linterna y alumbrá bien –Jorge le quitó el libro de las manos y lo abrió con decisión. La primera hoja, gruesa y poco rugosa, estaba en blanco. La pasó y la siguiente apareció igual de inmaculada. Rápidamente siguió hojeando hasta el final, boquiabierto y extrañado-. ¡Nada!

- Están todas en blanco. No es un palosesto de esos que dices tú.

- Se llama palimpsesto. Es muy raro; parece como si nunca hubiesen escrito en él, porque mira, toca, fíjate qué suave –Jorge pasaba las yemas de los dedos sobre una de las hojas, como si fuera un invidente, intentando descubrir alguna huella, rasguño o surco que pudiese haber dejado el trazo de las hipotéticas grafías de una primera escritura sobre el pergamino, pero nada–. No tiene sentido lo de palimpsesto.